EL JERGÓN DE L

1
233741



IOTECA
DRID
CIONAL

10 cénts.

1
233741

47/1504958

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

El jergón de la dicha

I

—Anda, Dorito, rico... Menea el cuerpo otra vez.

—¡Ya tengo bastante con una!

—Pues yo quiero más. Ponte en perspectiva.

—¡Faunesa!

—¡Marmolillo!

—Ambos tenemos razón.

—Pero tú tienes menos que mi marido.

—¿Menos qué?

—Eso razón... La razón de un marido. Ese es el quid.

—No te entiendo, Paulina.

—¡Farsante! ¿No entiendes el lenguaje de mis ojos?

—¡Así, así!

—¿Y el de mis senos? ¡Mírales!... Están pidiendo la repetición...

—No me convencen... Y con lo bonitos

R. 3223427

que son... No me convencen.

—¿Y estos labios de rosa? ¡Acaríciales!

—¡Pesadilla!

—¡Posma!

—¿No sabes que tengo otros compromisos, queridísima?

—Entonces, bueno. Renuncia a mí y lárgate. ¡Estátua!

—Estátua, bien... Pero a ratos. Tú, a ratos también pareces un motor eléctrico... Y no me convences.

—¡Mira este muslito!... ¡Qué blanquito!

—Bien: y el otro igual... Eres voluptuosa pero yo, metódico.

—Meto... ¿qué?

—¡Metó-di-co! ¿Estás tonta o es el *tonto* el que habla por tí?

—Pues me verás llorar... ¡por eso!

—¿*Quare causa?* ¿Por qué?

—Porque ni *metódico*, ni chicha ni limoná. ¡Tú no *metodicas* ni tanto así!...

—¡Qué uñitas tan rosadas! Trae acá.

—¡Besa, sí, besa... pero acaba la suerte!

—¿Qué suerte?...

—Esta suerte la envidiarán don Leopoldo, Leovigildo y Leodgardo. Este triunvírato que me sigue a todas partes.

—Sí; y según sus nombres *Leo-leo*, *leo*... deben pasarse la vida leyendo.

—¡Gracioso!

—¡Más que muchos!... Más que Leopoldo, Leodgardo y Leo... *leo* tus cartas, querida, con tanto más gusto cuanto ellas ¡ah! ellas me recuerdan nuestro primer día de amores.

—¡Oh! Yo te escribía entonces con el corazón.

—¡Qué raro!... Parecía la letra a pluma. ¿Te acuerdas?

—¡Caray! ¡Imborrable! ¡Sublimación de los sentidos!... Esterilización del raciocinio, ante tus encantos plásticos.

—Plásticos, como estas nalgas que tanto he removido en tu honor...

—¡Y este vientrecillo inapreciable!

—¡Y mi jardín! ¡Dorito! ¡Oh, mi jardín!

—¡Aún lo estoy viendo!

—Ya lo creo, como que a la vista está... Mira estas fotografías... Son de un parecido diabólico.

—En él jardín hicimos diabluras... Yo apartaba la hojarasca... ¡Así! ¡así!...

—¡Anda! ¡Cómo!... ¡Con-ti-nú... a!

—¡Así!... ¡Con unos dedos que me río yo de un pelotón de *boyscouts*... por lo exploradores!...

—Y la otra mano ¿te acuerdas?...

—¡Cómo no! Traviesa por demás.

—¡Ah! sí muy traviesa... ¡Ay Dorito! ¡que evocador eres! Con cuanta gracia describes...

—Como que soy *impagable* para eso... Ya me lo dice mi sastre, que me persigue amenudo con sus cuentas.

—¡Claro! Porque siempre has sido un pillín para con los industriales...

—Y un *monín* para las *industrialas*...

—¿Por quién hablas?

—¡Por tí misma!... ¿No eres corsetera acaso?

—¡Yo no sé si soy corsetera o qué! En este momento el pobre Macario, mi marido estará buscando ballenas.

—¡Caracoles!... ¿Se ha vuelto pescador?

—¡Digo, ballenas para corsés, tonto!

—¡Ah! ¡Ya!...

—Con lo caras que se han puesto las ballenas... ¡pero más caras son tus caricias granuja!... ¡y estoy que echo chispas!

—¡Remacario! ¡Cómo te pones!...

—¿Me pongo bien así?... Decídete.,. ¡Feotón!... ¡Mal pagador!... ¡Insolvente!...

—¡Salada! Resaladísima... Amémonos, por otra vez... Ponte como quieras, pero ¡saldemos cuentas!

—¡Mira el lecho!... ¡Nos sonríe!...

—No, en el lecho, no; me remuerde la conciencia... ¡En el jergón!...

—¡Ah! Sí el que tú le llamas «el jergón de la dicha».

—¡Ah! Sí... Siéntate ahi, en el jergón... Donde nos amamos por primera vez.

—¡Bésame ya!... ¡Mírame cómo estoy!...

—No veo más que unos ojos que me llaman.

II

Aquello del «jergón de la dicha» requiere explicación previa.

Cuando Macario el marido de Dorita iba con frecuencia de excursión a los desvanes de la casa en busca de emociones... ¡Qué! ¿Te ríes lector cándido?... Pues no te exagero ni un centígramo de pimiento, siquiera.

Macario Peláez era un nervíoso: un escitable, que su temperamento se ponía en tensión a cada paso, a todas horas.

¿Veía un par de pechos... los de las lavanderas del río en verano?... Pues levantamiento de garantías, en don Macario.

Reanudábase una liga en la esquina una de esas mil tobilleras que se tropieza uno a bandadas por la calle, y ante la visión de

un tobillo fino y de una pantorrilla de líneas insinuantes, o ante el principio de un muslo blanco como la leche, ¡ya se sabía! a don Macario ¡los pelos de punta enseguida!...

En fin: montaba en el tranvía una jamona o una dama sin ajamonar, o una cocota de las más conocidas, y aquel gesto tan natural, aquella simple casualidad traicionera y villana, para el temperamento de Peláez, en que otra vez, al alzarse la falda con la flexión de las dos rodillas, en el momento de montar en el vehículo, don Macario, herido por un rayo lujurioso montaba la guardia y ya no paraba... no cesaba en su empeño siguiendo a la bella, o a las bellas si eran más de una, hasta dar con sus cuerpos y echarlas cuatro o seis chicoleos completamente industriales:

—«¡Vale usté más oro que un corsé princesa!»—o bien: —«¡La ceñía yo a usté con más ganas que un corsé imperio, mi alma!»

¡Bueno! Pues apesar de ser un escitable inconsciente a don Macario le gustaban las mujeres una barbaridad... ¡siempre y cuando no le costaran el dinero!... Era un tío, camelando: un vivales, nadando y guardando la ropa.

—¿Y tu mujer, Macario?—le demanda-

ba algún compinche en el casino.

—¿Mi mujer? ¡bien, gracias! ¡Me carga!

—¡Pero, Macario!

—Me fastidia, me empalaga... La aborrezco... He visto una criada en una tienda de comestibles con cada jamón ¡así! (Y señalaba unas tres cuartas).

—Pero ¿no duermes con tu Paulina, zanguango?

—¡No faltes! ¡Estoy en mi derecho!... Pues como te decía: una criada que meneaba sus caderas, amplias, de contorno más que desafiador, con una maestría, que me sonrío yo de las bayaderas orientales y de las bañistas de los baños también orientales; créeme a mí Narciso.

—Eres perverso, Macario.

—¡Que quieres! Mi sino, mi flaco, o mi monomanía son las criadas de servir, Narciso. ¡Las adoro!...

—Pero ¿no crees que sean poco aseadas en general?

—Se dan casos... o, mejor, hay de todo. En Tarazona me topé yo con una, en cierta ocasión en que iba allí en busca de ballenas.

—¿Y no temiste a los submarinos?

—¡Patoso! ¿Es púerto de mar Tarazona?

—Ya sé que no.., Pero... continúa.

—Pues aquella tarazonesa me puso el cuerpo como una jalea, a fuerza de sobarme y resobarme.

—¡Puñales! y ¿dónde?

—En una fonda de a dos pesetas... Con una sola cama de monja, por todo menaje... pero ¡había que ver la cama, chico!

—¿Qué, no era blanda?

—¿Blanda? ¡Mal rayo me parta!... Habían quitado el somier por haberle descompuesto, según dijo el hostelero, un tratante en ganados que por su volumen parecía propiamente un bucéfalo.

—¡Anda la pandecta! ¿Y dormisteis?...

—No dormimos... ¡Bobalicón! ¡Qué habíamos de dormir!... ¡Hicimos el amor con todas las *campanillas*... y tanto!... sobre todo eso de las campanillas!...

—Si no te explicas mejor... querido Macario.

—¡Carástolis!... La maldita de cocer me atizó tres mordiscos en el cuello como tres estrellas y yo la puse el cuerpo a arañazos que ella quedó poco menos que un conejo recién destripado.

—¡Caray! ¡Pero que tiene que ver el conejo aquí!

—¡Imbécil!... ¿No sabes la importancia que le dan las hembras a este animalito?... ¡Los pelitos!... ¡La movilidad!... ¿Hay nada más apetitoso que un buen conejo, Narciso del alma?

—¡Según! En la mesa no diré que no...

—Pues ¡una hembra de una vez, malos mengues!... Te digo que de ¡una vez! Con cada muslo ¡así! Y con cada nalga que asustaba por su tamaño, por su tersura... Yo no sabía nada de lo del jergón que sustitu yó al *sommier* que suelen usarse en las camas de las fondas... Bueno: pues ella que me apremiaba!

—«Dámelo, monín!»

—¿El qué?

—Yo qué sé lo que me pediría... Era una muchacha venusina, si se quiere, pero bastante cerril y además más fogosa que siete monos juntos.

—Y tú ¡Un macho cabrío! ¡Olé, los hombres!

—Y tan cabrío... Pues, ella que seguía repitiendo «¡dámelo monín!» Yo le daba besuqueo, le daba masage... Pero ¡así! con todas mis fuerzas, hijo!... Era ella tan dura y tan macizas aquellas masas de sus glúteos... Arriba! abajo! a derecha! a izquierda! Anda que le darás! Y la cama crugía! Y yo sudaba! Y la baturra aquella bufaba, gemía. Estábamos en lo mejor del masaje, cuando de pronto... ¡¡riiiiin!!

—¿Qué es eso de Rhin? ¿Qué tiene aquí

que ver el río alemán ese?

—Nada!... Que en el mismo momento en que íbamos a llegar al final del trabajo, sonó un timbre!... Era un reloj-despertador que alguna mano traidora había ocultado entre las hojas de maíz del jergón maldito.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! O era que el jergón protestaba... a su manera contra tus desafueros y los de tu cómplice!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

III

Desde el día en que don Macario narrara la anterior aventura a su compadre Narciso en el casino, habrían transcurrido un par de semanas solamente cuando un domingo a eso del medio día, sobrevino lo más inesperado.

El desenlace como si dijéramos, del susodicho incidente cómico-cupidesco.

Paulina, la preciosa morenaza, con cada ojo, y con cada pecho que desentumecían, se hallaba a la perezosa, tumbada en una comodísima «sesteadora» (silla en que se suelen echar siestas... o echar lo que se quiera si el amor ardiente acucia y trae prisa, vamos al decir). Sus lindas piernas

separadas, con medias salmón, calados, de seda muy picantes y sugestivas, asomaban casi hasta los muslos, tendidas en el strapontín de la mentada sesteadora.

Eran unas piernas de correcto estilo, impecables, eburneas, dislacerantes. Aquellos muslos ¡divinos! comprometedores para la paz conyugal, hasta para la paz europea, si se me apura mucho! Pero tales encantos, bien manifiestos y que por sí solos; tales columnas de forma y estilo más que salomónico, pecaminoso y lleno de seducción, erótico, no tenía quien les dijera besadme, cameladme... ¡ay! Una verdadera lástima.

Fumaba Paulina un egipcio: los espirales del azulado humo vagaban disformes en el ambiente... Ella suspiraba, como anhelosa, ansiando nuevos placeres con que saciar sus apetitos amorosos, jamás ahitos. Y seguía chupando...

Los espirales humosos formaban caprichosas figuras, bien un cupido picaresco, bien una chiquilla gorda y tiesa, terriblemente tiesa haciendo muecas con la lengua, ya unas letras informes que al reunirse momentáneamente componían el tan amado nombre: DORITO...

De pronto un timbre suena. Abel el criado va a abrir.

—Señorita?

—¿Qué hay Abel?

—Es una baturra, señorita.

—¿En que lo has conocido, hombre?

—En que pronuncia «señoricos» y «¡otra! ¡otra!» como las de allá.

—Bien, que entre. No sé a que vendrá esa matraca.

—Siñorica!... Pero que mu buenos nos los dé Dios!... ¡Uúú!

—Pasa, hija. Eres de Aragón?

—Propiamente: mañica, hasta los pelicos de la cabeza, pa servila, siñorica!

—¡Bien, bien! Vienes para servir...

—Eso mismico!... Me paice mu buena y mu requeteguapètona la señorica!... Mus vamos a entender, pero que a escape, ya *mi* lo estoy diciendo yo mesmica!

—Y cuanto ganas?

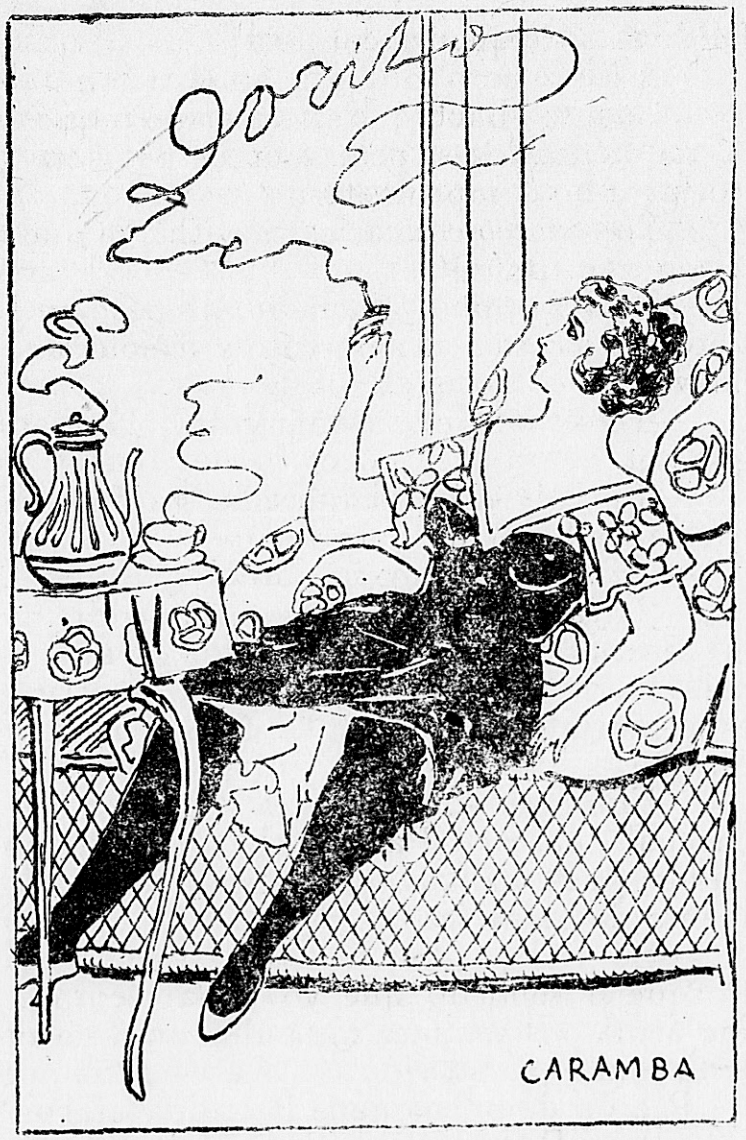
—Me es igual... Lo que usté guste. Yo sé que aqui voy a estar a gusto... Con que lo que usté guste!...

—Y como lo sabes que vas a quedarte a gusto mio...

—No; si yo *mi riferia* a ese mocetón ta n guapo que *mi* ha abierto la puerta... ¡es to un hombre ¡otra!

A todo esto apareció en la puerta la chabacana silueta del marido.

—Mira Macario: es la nueva criada...



Tu dirás si te quedas con ella!...

—A mi... pero ¡oh! sí... Ya la... ¡oh!

—Cuanto silabeo! Estás alelado o qué?

La menegilda se reía, aunque por dentro, para no comprometer.

—Yo *conozco* esa carica!... ¡Eh! Sí que la conozgo ¡puño!

—No hay puño, ni cuello, ni pechera. Vete a la cocina al momento y fríeme un huevo.

—¿Uno? no se... señorico!... Eso sí que nó!

—!Como!—dijo asombrada, Paulina—¿No sabes hacer un huevo frito?

—No... No... Uno, no ¡otra!

—¡Otra! Eh? Poes bien *otra*... vendrá a mi casa, que tú, con esa facha de espantapájaros, no convienes. ¡Hala! Al avío! Ya estás pirándotelas de aquí!... No saber freir un huevo...

—Entonces ¿qué sabes, a ver, dí, muchacha!—observó Paulina en tono conciliador; pues habíala simpatizado de momento, la baturrica.

—Se freir... *dos huevos*... ¡Eso sí!... Porque el señorito que yo tenía siempre me pedía dos y nunca me pidió un huevo frito ¡quiá! ¡en su vida!

Rieron de buena gana la salida ambos cónyuges. Pero a Macario la risita no le

pasó de los dientes; puesto que acababa de darse cuenta de que la matraca, la nueva criada, no era otra, al parecer, que la tarazonesa, la heroína de su aventura... Aquello podía traer un conflicto a fin de cuentas, y don Macario no amaba los conflictos conyugales ni mucho menos.

A la noche misma, ya don Macario se convenció por sus propias manos de que Pilara, era en efecto la propia moza que no había podido gozar en Tarazona.

Como que, ni corto ni perezoso realizó la comprobación en el cuarto de la propia baturra.

—¡Señorico!... ¡Sí yo le había ya tañao a usté! ¡Jé, jé?

—Yo también, venus montañesa... Eres ¡exquisita!... ¡Toma! Toma y recontratoma.

Estallaban los besos por medias docenas: besos en las megillas, coloradas y sanas como manzanas camuesas. En los pechos, erguidos y noblotes, sin huellas de sobo alguno. En los brazos, morenos pero regordetes, musculosos. En todo el cuerpo, sabroso y reluciente de la baturra iban posándose las manos y los labios del glotón don Macario sucesivamente, con vivacidad, con ansia, como si le urgiera liquidar con la Pilara aquella cuenta pendiente

¡aún desde Tarazona!

¡Y la liquidaron! Ya lo creo... Con un líquido a favor de la moza al menos de dos o *tres mil caricias* y otros muchos devaneos semejantes. Pero hubo su sorpresa correspondiente, para no ser menos que en la aventura de Tarazona. La sorpresa no fué a causa de un *reló despertador;* sino más bien de unas bofetadas y unos golpes no menos despertadores con que las manos de la esposa ofendida—de mentirigillas, ofendida nada más—castigaron la canallada que se estaba perpetrando en su propio domicilio.

Pero ¡oh asombro!... Los bofetones y los golpes de marras, según la ulterior explicación de Paulina, no fueron precisamente por los cuernos que la había colocado el marido infiel, sino por... ¡esto es lo chocante!

(Porque la Pilara y él se habían acostado encima del *jergón de la dicha*... que era de uso exclusivo de ella (la sensualísima esposa y su amante el apuesto Dorito).

IV

Nos encontramos en el propio domicilio de Dorito La Morena, el amante oficial... aún que excesivamente glacial también, de la cálida Paulina.

Celébrase una cuchipanda, con visos de juerga libertina y un si es no es abracadabrante, ¿he dicho algo? Así las gastaban Paulina, el apuesto La Morena y sus doce amigas y amigos mal contados, *sí que también*, amantes de expansiones ilícitas y picantes hasta la pared de enfrente.

—Bailaos un patiné, así, tal como estais en camisa.

—No puede ser—replica Sofía la vecina del segundo. - No sé lo que es un *patiné*.

—Si el baile fuera un *desatiné*... ya sería otra cosa—inquirió un pollito bien, con suficiente cursilería y memez en toda su personilla para epatar a una pareja de orden público, pero no a unos juerguistas tan peripatéticos como aquellos.

—No nos has hecho gracia, Calino.

—A mí sí me la haces tú y con creces, so furcia,—recalcaba otro individuo algo más apuesto y menos fachendoso—sobándole los pechos a una cálida trigueña qutenía sentada sobre sus rodillas.

Ella por toda contestación le atizó dos mordiscos seguidos en un carrillo.

Por su parte Paulina y Dorito procuraban interpretar tan a lo vivo como era po-

sible el *vals de los besos* del *Conde de Luxemburgo*... aunque, había más cantidad de besos que de música.

—¡Ande la zambra! Tu, Celma: tu Clara y tu Blanquita a ver si nos mostrais vuestros encantos con esa machicha endiablada que yo se que sabeis vosotras.

—Sí que la sabemos; pero no sabes *como* la sabemos y mejor dicho, *cómo* la danzamos.

—Aplicando las manitas a los bajos respectivos y oprimiéndoos los abdómenes descacharrantes.

—¡Plancha! ¡No es por ahí!

—¿No? ¡Pues por dónde es!... Que se sepa.

—¡Eso! ¡que se vea!

Alzaron las camisas ellas, con gesto lúbrico, como única prenda que llevaban puesta y ¡no fué visión aquella para los encantados ojos!

¡Seis muslos de órdago! Seis *ligas* contra la blasfemia que oprimían a los muslos la sedeña media y tres pares complementarios de pantorrillas sencillamente dislocantes en cuanto a forma y estructura. Todo ello con sonrisas acompañado, capaces de darle envidia a la propia Mesalina, si resucitara, o a las cocotas parisienses *modern estil*, de más campanillas.

—Necesitamos para nuestra machicha que es la «machicha *revolcada*» un colchón.

—¡Oh! ¡que idea!—saltó y dijo el oportuno Dorito, el anfitrión y dueño del piso. —¡Tenemos algo mejor que un colchón!— Y al hablar así cruzaron una mirada entre él y Paulina.

—Tenemos un jergón... «¡El jergón de la dicha!»

—¿No será eso *al revés*?—preguntó el *pollo bien*.

—*Non capisco* ¿qué significa?

—Quiero decir: ¿no será la *dicha del* jergón... ante la perspectiva de servir para el desempeño de este numerito sugestivo?

A poco fué traído allí, y colocado en mitad del salón, el célebre jergón en que se acariciaban, y al que tantos insignes espasmos debían Paulina y su amante. Este —digámoslo de paso— no quiso, al comenzar aquella vida íntima de amantes en su pisito de soltero (lejos del techo conyugal de ella) privar a la candente Paulina de aquel jergón simbólico, y tan amado por ambos. Sólo que le había mandado cambiar la tela antigua que recubría el jergón con una magnífica tejida de seda color de chocolate, que daba un tono de riqueza y confort relativos al galante artefacto.

—¡Ya está! ¡Venga de ahí! Venga la *revolcada*... ¡Estareis, revolcándoos ahí, como para sacarle los tuétanos al propio Hércules de Farnesio en estátua! ¡Venga machicha, nenas!

Precipitáronse, las tres nuevas Gracias una en pos de otra sobre la satinada superficie del jergón.

La Morena al piano preludió unos compases canallescos y de libertino són. Ellas iban *marcándose*, tendidas en el jergón, los vaivenes rítmicos y eróticos de la musiquilla.

Ya una pareja, ya otra a la que arrebataba la tercera en discordia, iban nalgueando, cadenciosas, sútiles, frufrutantes, con euritmía de bacantes, con gestos de una procacidad inaprendida, pero en conjunto de una sugestividad imposible de describir. La machicha aquella sobre el «jergón de la dicha», hizo fortuna, de tal manera que las tres muchachas, de contornos libidinosos y de rostros diablescos, no tardaron en repetir la danza... pero entonces fué con parejas masculinas, cuyos contactos, empuje y demás cualidades de virilidad y fuerza expansiva, las llenaron por completo, dejándolas archisatisfechas, en plena posesión de goces paradisíacos.

V

Vida muy alegre, llena de momentos felicísimos en que la sicalipsis, era el imperativo categórico indispensable en aquel pisito coquetón y de aspecto alegre, llevaban nuestros dos tórtolos ya iba para los tres meses. ¿Qué había sido de Macario, el marido abandonado?

El bueno de Macario cuya obsesión, como sabemos constituíanla las criadas de servir, dábase una vida de Heliogábalo, o poco menos, sin acordarse poco ni mucho —al parecer al menos— de su sensualizada cara mitad.

Solo como se hallaba en su piso, es decir, conviviendo con la Pilara, a la que se guardó (después del incidente del jergón que ya conocemos) aunque no fuera más que por darle en los hocicos a su mujer. la pasaban como dos verdaderos Pablo y Virginia, o poco menos, aunque más modernizados.

—¿Chacha, me quieres? — interrogaba Macario.

—¡Bah! Vaya una preguntica. Como que desde que has despedio a Abel, el

criao, te estás poniendo patóso *cuanti más*, tos los días un poquico más que antes, ¡ya ves tú, morros de mostillo!

—¡No! ¡Insultos no! Que te entrego la soldada y ya me estás dejando: ¿eh?

Dicho y hecho: una hora más tarde la Pilara, después de recibir cien pesetejas en un bonito pápiro del Banco de España, se iba contenta como unas pascuas, escaleras abajo, huyendo de la quema.

Pero a lo que ella iba era en busca de Abel, con el que compartía sus caricias baturricas, más que con el bueno de Macario, al que ya había acabado por no poder sufrir.

Luego que se quedó completamente solo el corsetero insigne, fuése a una agencia de domésticas.

Le enseñaron quince o veinte retratos de otras tantas enjuga vasos, de todos pelajes y de varios calibres.

—¡Esta! —indicó Macario al dar sus ojos con una muchacha entrada en carnes, de tez broncínea y pechos protuberantes, que—en la cartulina al menos—se le ofrecían sicalípticamente al mordisco.

Y aquella, Blasa Quílez—de Lugo por más señas—fué la «marusiña» que cuidó de don Macario por espacio de dos meses y un dia. Pero al hacer mentalmente com-

paraciones entre la Blasa y la Pilara, aquella era la que salía perdiendo; de modo que la gallega siguió la suerte de la otra. Luego ¡diez criadas más! Todas fueron desfilando, zafias o pizpiretas, enamoradizas o patosas hasta dejarlo de sobra. Y pasaron así tres meses más. Por fin llegó a impacientarse el erotómano aquel. Su naturaleza le pedía ¡criadas! ¡criadas! Pero no era precisamente lo mismo «criadas de servir», que muchachas «mal criadas». como resultaban en su mayoría las que le enviaron en la agencia consabida.

Un buen día: el puro en la boca, ojo avizor y las narices husmeando carne fresca, ya libre de engorrosos cuidados domésticos y harto de batallar con tanta fregona impertinente, don Macario—que sabía la dirección del piso ocupado por Dorito—llamó a la puerta de nuestro apuesto galancete.

—¡Caramba! ¡Don Macario! ¡Usted por aquí!

—Ya ves, chico. Estoy sin criada ¿y tú?

—Yo no tengo criada... Sólo una vieja, que ya heredé de mis papás, cuida de mis menesteres.

—¡Malo! Yo que creía...

—¿Y su mujer, don Macario?—preguntó con acento natural,

—¡No me hables de ella! ¡Era una mala pécora!...

En aquel mismo instante, asomo la geta una apuesta muchacha; venia a entregar la ropa planchada.

—¡Demonio! ¡Ese es un buen bocadillo, pícaro! ¿Cómo te llamas, monería?

—¡Yo! Silveria...

—Díme, Silveria, ¿quieres venirte a servir en mi casa?

—Según... ¿Es usté casado?

—Eso no te importe. Ni viudo, ni casado, ni soltero. Libre como el pájaro en la selva, para lo que gustes mandar.

—Me conviene. ¿Cuádo va a ser eso?

Don Macario, sensualizado ya, estampó un ruidoso beso en la mejilla a la muchacha, y exclamó gozoso:

—¡Ahora mismo! ¡Vamos para casa, rica!...

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraiso del Amor.—El jergón de la dicha.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires